

Etica y problemas monetarios internacionales

Por Francisco BELDA, S. J.

En contra de los valores éticos de justicia, solidaridad y libertad, el actual sistema monetario internacional ha contribuido y contribuye a aumentar las diferencias de poder y de percepción de rentas entre los países ricos y los países pobres.

A primera vista, el título de este artículo puede parecer un poco extraño. ¿Qué tiene que ver la Etica con algo tan técnico y tan empírico como es un sistema monetario? ¿No hay un exceso de pensamiento utópico en el afán por introducir la Etica en todas partes? Hay un modo de concebir la Etica que justifica estas sospechas. Si se considera la Etica como un conjunto de conclusiones deducidas de unos principios morales abstractos y a las cuales se han de someter las actividades sociales y económicas, tendríamos que reconocer que tienen razón los que piensan que no hay sitio para la Etica en la vida económica. Vamos a contar dos parábolas que, aunque son imaginarias, están tomadas de dos hechos reales, exagerando sus rasgos y convirtiéndolas en caricaturas:

En un determinado país hubo una elecciones. Uno de los partidos, en su propaganda electoral, aseguró que en cuanto ellos estuvieran en el poder habría pleno empleo, subirían los salarios, bajarían los precios, se revaloraría la moneda y aumentarían las exportaciones. Un programa muy hermoso—sin duda—, pero no hay nadie en la tierra que pueda conseguir todas esas cosas a la vez.

Otra parábola. Un industrial heredó de su padre una fundición que producía principalmente para la industria de armamentos. Como le remordía la conciencia, decidió cambiar la producción y dedicó la fábrica a fundir campanas para iglesias. No cabe duda de que es mucho mejor hacer campanas que llamen a los hombres a la

oración. que proporcionar a los hombres armas para que se maten unos a otros. Lo que no tuvo en cuenta es que las iglesias ya no quieren campanas, porque casi todo el mundo tiene reloj y los ruidos de las grandes aglomeraciones urbanas apagan el sonido de las campanas. La industria quebró y ya no funde campanas ni funde nada.

Un sistema complicado y delicado

Si hay algún sector de la actividad económica que se preste menos a las iniciativas audaces y al vuelo de la imaginación es el de la política monetaria. El dinero tiene que cumplir diversas funciones, todas esenciales y difíciles de coordinar entre sí, y esto ha de hacerlo con medios precarios. Tiene que servir como medio de cambio, unidad de valor, instrumento de ahorro y previsión de gastos futuros. Sirve para la especulación, y aunque la palabra especulación tiene un sentido peyorativo, no siempre es mala. La especulación—en sentido técnico—, cuando es moderada, ayuda a orientar el poder de compra hacia iniciativas económicamente interesantes y a un mejor aprovechamiento de los recursos.

El dinero no sólo es un intermediario, sino que tiene una especie de vida propia. Una manipulación del sistema monetario puede influir considerablemente en el nivel de empleo, en la utilización de los recursos disponibles, en la relación de intercambio de los distintos bienes económicos. El ingenio humano, a lo largo de muchos años, ha ido elaborando unos procedimientos que permiten dar fluidez a la actividad económica, manteniendo un suficiente control sobre los otros efectos. La clave del sistema está en la confianza en el signo monetario y en las instituciones de crédito. Aun en el sistema más conservador—el del patrón oro—, el oro no cubre más que una fracción del dinero en circulación. Se puede comparar el sistema monetario a una opereta en la que tiene que desfilar un ejército numeroso. Los actores que ya han pasado dan la vuelta por detrás del escenario para volver a desfilar. Si la cosa sale bien, el público queda impresionado; pero si descubren el truco, se produce la hilaridad. Un hombre de negocios norteamericano dijo recientemente, en una conferencia, que no entiende cómo los europeos dicen que hay demasiados dólares; la impresión de la mayoría de los ciudadanos norteamericanos es de escasez de dólares. Dos actitudes distintas ante la misma moneda. Mientras en las bolsas de París y Francfort nadie quiere dólares, en América hay gente dispuesta a matar por robar unos pocos dólares.

El sistema monetario responde a una técnica compleja y está siempre en un equilibrio inestable. Podemos decir que es un sistema complicado y delicado.

La ordenación del sistema monetario no sólo es una técnica, sino que también es un arte. Por mucho que haya avanzado la teoría y política del dinero y la economía bancaria, es imposible prever todas las situaciones posibles, ni el tipo de reacción que se va a producir. Existen los genios financieros, que se apoyan en la técnica—propia o de sus asesores—, pero que añaden una especial clarividencia, una capacidad de respuesta a situaciones insospechadas, con imaginación creadora. Ni sólo con estudio ni sólo con experiencia se hace un gran financiero. En sus decisiones entran la ciencia, la experiencia, la imaginación, la inspiración... y también sus ambiciones, sus compromisos, sus intereses, sus inhibiciones morales—cuando las hay—. Toda decisión es un acto humano, y raro es el acto humano que no tenga una vertiente ética.

La Etica no puede sustituir a la técnica ni a la imaginación creadora, pero estas últimas no agotan las motivaciones de la decisión humana aun en asuntos financieros. Es necesario encontrar un método que, siendo respetuoso con la ciencia económica, ayude a una mayor **humanización** de las decisiones económicas y —en nuestro caso— las decisiones monetarias. Moralizar es humanizar las decisiones humanas. El financiero es un hombre, y su conducta debe ser siempre digna. El respeto a la dignidad de la persona humana incluye el respeto a la dignidad de uno mismo.

Hombre y financiero

Todo sistema monetario es el resultado de un conjunto de decisiones. No es fácil individualizar las responsabilidades de una decisión colectiva, pero sí se puede hacer un juicio objetivo de dichas decisiones. Las responsabilidades subjetivas dependerán del grado de conocimiento y de participación que se haya tenido en dichas decisiones. La conciencia ética no nos puede dar un modelo de sistema monetario, pero sí una escala de valores que influirá en la elección de uno de los modelos posibles. Este no será perfecto, pero sí el más coherente con nuestra escala de valores. Aquí creo que está la función de la Etica en el problema que nos ocupa: encontrar formas de coherencia entre una recta escala de valores y las distintas alternativas que se ofrecen en la ordenación del sistema monetario internacional. El método será escribir en doble columna una escala de valores que tienen una incidencia directa en los problemas monetarios y hacer una comparación, examinando las ventajas e inconvenientes que, desde el punto de vista de dichos valores, ofrece cada modelo. Probablemente, no encontraremos un modelo «bueno» y otros «malos», sino varios modelos ambiguos, con distinto grado de ambigüedad. Procuraremos llegar a una preferencia, conscientes de que será discutible, pero aun en el caso de que alguien llegue a una conclusión distinta

de la nuestra, le habremos ayudado a hacer su decisión más consciente, más humana, más moral.

Ante todo, vamos a considerar los valores humanos o morales relevantes en la actividad económica y, más concretamente, en la actividad financiera. El primero es la **justicia**. En un sentido objetivo, justicia equivale a igualdad. Todos los hombres somos fundamentalmente iguales, tenemos la misma dignidad radical. Las diferencias cualitativas y funcionales no pueden hacer desaparecer esa verdad fundamental. La dignidad de la persona humana se da en toda persona humana. Es una tautología, pero necesaria para hacernos caer en la cuenta de que las diferencias sólo se pueden mover en un margen muy estrecho. Los juristas clásicos expresaban este principio, diciendo que para que haya justicia en los contratos tiene que haber igualdad entre lo que se da y lo que se recibe. Se referían a una igualdad de valor, y no a una igualdad física, porque si no, no tendrían razón de ser los intercambios. Esta exigencia de igualdad no tiene más explicación posible que la igualdad de los hombres que hacen el contrato. Si los hombres fueran desiguales, no se podría decir que es injusto el que unos se aprovechen a costa de otros, como no es injusto que un granjero explote a sus vacas, obteniendo de ellas mucho más de lo que les da.

Esta igualdad la ponían en las relaciones conmutativas. Cuando se trataba de relaciones más complejas, insertas en el funcionamiento del entramado social, recurrían a los conceptos de justicia distributiva y justicia legal. Sin embargo, aun en estos últimos trataban de salvar el principio de igualdad, haciendo una distinción entre igualdad aritmética e igualdad de proporción. El término medio para la proporción eran la dignidad y el mérito. Hoy utilizamos el concepto de justicia social para expresar el principio de igualdad a nivel macroeconómico. En un sistema económico global, las diferencias en poder de decisión y en poder de consumo no pueden ser tales que estén en contradicción con la igualdad fundamental de todos los hombres.

El valor justicia no es suficiente. La justicia es una expresión del **respeto** a las otras personas. El respeto coloca a cada uno en su lugar, pero no establece vínculos de unión. Los hombres no somos átomos independientes unos de otros. La **solidaridad** es el puente que establece esas vinculaciones. En realidad, es el amor a nivel colectivo. La palabra amor parece que tiene una significación más individualizada; cuando se universaliza se convierte en solidaridad. No basta con no hacer daño al prójimo, con no ser «injustos». No tenemos derecho a hacer la pregunta de Caín: «¿Soy acaso el guardián de mi hermano?». Todos somos de alguna manera responsables del bien de los demás, todos somos solidarios.

Finalmente, hay un valor moral, que es quizá el más apreciado por los hombres: la **libertad**. Si lo ponemos en último lugar, no es por considerarlo inferior a los anteriores, sino porque los incluye

y sin ellos no se puede entender. No hay que confundir la libertad como valor moral con lo que Hegel llamaba «libertad de capricho», que no es más que una forma de esclavitud con apariencias de libertad para un grupo minoritario de poderosos. La libertad es el reconocimiento efectivo de la autonomía de las personas y los grupos sociales para desarrollarse y perfeccionarse, de manera que sean ellos mismos los protagonistas de su propio destino. Libertad es capacidad real de iniciativa responsable en la vida social. La libertad entendida en el sentido restringido de ausencia de coacción o de limitación tiene una relación directa con la libertad como valor moral; pero está limitada por las libertades de los demás hombres y por el deber moral de la solidaridad. Entendida la libertad en este sentido, la organización social tendrá que ser siempre un equilibrio entre libertad y socialización. Este equilibrio es dinámico, respondiendo a las circunstancias de lugar y tiempo y debe responder al principio: tanta socialización como sea necesaria y tanta libertad como sea posible.

De esta escala de valores no se puede deducir un modelo de sistema monetario. Su función es darnos una perspectiva que ayude a enjuiciar los posibles modelos que nos proporcionen la realidad social y la ciencia económica, de acuerdo con sus propios principios.

El sistema monetario internacional

El actual sistema monetario internacional es el resultado de una larga evolución en la que han influido importantes vicisitudes históricas, una larga experiencia, el ingenio humano para superar las dificultades que han ido surgiendo, la defensa de intereses particulares y nacionales y numerosos condicionamientos de factores que hasta ahora han escapado al control del hombre. En concreto, el actual sistema monetario internacional tiene su origen en los acuerdos de Bretton Woods, por los que se fundaron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, vulgarmente conocido como Banco Mundial.

Dada la naturaleza de este artículo, no nos corresponde hacer una descripción detallada del sistema, nos basta con una descripción esquemática. El sistema se apoya sobre la existencia de unas monedas de reserva—el dólar y la libra—convertibles en oro y que definen su valor con relación al oro. Las monedas de los demás países firmantes del acuerdo definen su valor con relación a las monedas de reserva, tolerando un pequeño margen de oscilación y sujetándose a unas regulaciones precisas para cambiar el valor de su moneda. El Banco Mundial podía conceder créditos a los distintos países según un sistema establecido y proporcionalmente a la cuota de cada uno. A este sistema se le ha dado el nombre de patrón cambio-oro.

Los fines del Fondo Monetario Internacional eran:

1. Facilitar la expansión del comercio internacional y de la renta y el nivel de empleo a escala mundial.
2. Promover la estabilidad de los tipos de cambio.
3. Establecer un sistema multilateral de pagos.

Previamente se habían hecho unos estudios conocidos como Plan Keynes y Plan White, que fueron tenidos parcialmente en cuenta. Hoy nos puede parecer que el plan Keynes era más perfecto que el sistema adoptado, pero hay que tener en cuenta que entonces todos los países europeos estaban hundidos económicamente y que estaba muy fresco el recuerdo de las grandes catástrofes financieras del período entre las dos guerras mundiales. El resultado fue la elevación del dólar a la categoría de moneda internacional (prescindimos de la libra para simplificar y porque realmente es el dólar el que ha sido el protagonista durante los últimos años).

¿Qué resultados ha producido este sistema, sobre todo desde el punto de vista de la escala de valores anteriormente descrita? Ante todo hay que reconocer que ha producido una serie de efectos beneficiosos. Junto con el Plan Marshall, ha contribuido a una rápida reconstrucción de la Europa destrozada por la guerra. El comercio internacional ha crecido de una manera espectacular. El nivel de vida—principalmente de los países europeos—ha alcanzado cotas muy altas. Y todo ello con el mínimo de controles directos y respetando al máximo la iniciativa privada. Los valores de la solidaridad y la libertad han recibido un gran impulso.

Junto a estos efectos beneficiosos se han producido unos efectos perniciosos muy importantes. En primer lugar, la solidaridad ha sido muy limitada. Se ha extendido principalmente a los países de Europa occidental. El sistema monetario internacional se adapta a las economías desahogadas. Ha servido para la reconstrucción y ulterior crecimiento de los países con tradición industrial y alto nivel cultural y tecnológico. Los países del tercer mundo han encontrado uno de los principales frenos para su desarrollo (no el único) en las dificultades de financiación. Su insolvencia inicial les colocaba al margen de los beneficios de un sistema monetario y crediticio muy conservador. No se puede considerar como solidaridad auténtica a una actitud que carece de verdadera universalidad.

Desde el punto de vista de la justicia hay grandes reservas que hacer al actual sistema monetario. Al convertirse el dólar en moneda internacional, los EE. UU. se han convertido en los banqueros del mundo entero. La búsqueda y atesoramiento de dólares les ha permitido el lujo de tener un déficit de la balanza de pagos sin merma del crédito de la propia moneda. La expansión de las inversiones norteamericanas por todo el mundo se ha hecho, en

gran parte, sin sacrificios de consumo o de inversión en el propio país. Como banqueros del mundo, han prestado un gran servicio a la Humanidad, pero han hecho también un gran negocio. Creo que no es exagerado decir que la retribución ha sido muy superior al servicio prestado. Además, han conseguido una posición de hegemonía mundial. Si la justicia es una igualdad de valor entre lo que se da y lo que se recibe, se puede concluir que la justicia ha sido quebrantada. Si de la justicia estricta pasamos a la justicia social, nos encontramos con que el actual sistema monetario internacional ha contribuido y contribuye a aumentar las diferencias de poder y de percepción de rentas entre los países ricos y pobres.

En lo que se refiere a la libertad como valor moral, podemos decir que ésta tampoco ha salido muy bien parada. La autonomía de las naciones subdesarrolladas es muy escasa y tanto a escala individual como a escala colectiva continúan en una situación de dependencia.

El balance no es nada risueño. No parece que el actual sistema monetario internacional sea un instrumento apto para conseguir más justicia, más solidaridad y más libertad.

Crisis del sistema monetario

En los últimos años el sistema monetario internacional ha entrado en crisis. Ha habido dos devaluaciones del dólar y se ha suspendido su convertibilidad en oro. Se ha destruido el fundamento del sistema patrón-cambio oro. Las causas son múltiples, pero todas convergen en el mismo resultado: pérdida de crédito en el dólar. Se atribuye como causa—entre otras—de esta pérdida de confianza a la excesiva emisión de dólares. Pero ¿qué es una emisión excesiva de dólares? Cuando se pierde la confianza en una moneda, cualquier emisión es excesiva. Ni aun en el sistema más conservador de patrón oro hay una cobertura del 100 por 100. La cantidad de dinero necesaria depende de los hábitos de los hombres de negocios. Cuando hay una propensión al atesoramiento, la cantidad de dinero requerida es mayor. Si se produce un cambio rápido en los comportamientos del mercado monetario, aumentando la velocidad de circulación, lo que era una cantidad adecuada se convierte, de la noche a la mañana, en una cantidad excesiva.

No podemos olvidar que la confianza en el dólar se ha venido erosionando en los últimos años, que no ha sido un fenómeno repentino. La hostilidad de De Gaulle hacia el dólar ha tenido una parte no despreciable en el conjunto de causas de esta pérdida de confianza. Lo que en su consejero Jacques Rueff era una postura doctrinal—de defensa a ultranza del sistema patrón oro—, en De Gaulle tenía unos acentos de resentimiento de la hegemonía ame-

ricana y de deseos de «grandeur». Comprendo que esta afirmación es un poco atrevida. Los politólogos de la escuela behaviorista suelen decir que, en política, los asuntos más públicos son los más privados, para significar la opacidad informativa con que se cubren las decisiones reales más importantes y sus motivaciones, muy distintas de lo que se suele decir al público. Sin embargo, no renuncian a un estudio de los comportamientos políticos, valiéndose de métodos ingeniosos como las simulaciones y el análisis del lenguaje. Un análisis del personaje De Gaulle y de su trayectoria política nos induce a considerar nuestra afirmación como una buena hipótesis para explicar los hechos.

Otro factor importante que ha erosionado la confianza en el dólar ha sido el cambio de humor en los que atesoraban dólares. El mercado monetario internacional es un mercado salvaje, en el que el «dinero caliente» es capaz—con sus bandazos—de dar al traste con el difícil equilibrio en que forzosamente se encuentra siempre todo sistema monetario. Los acuerdos de Bretton Woods no tuvieron suficientemente en cuenta el equilibrio necesario entre libertad y socialización y se inclinaron excesivamente por el lado de la libertad. La responsabilidad es de todos los firmantes y no sólo de los EE. UU. Prevalció una mentalidad liberal e individualista y la defensa de los intereses de los grandes capitales internacionales.

Finalmente, el déficit de la balanza comercial americana en los últimos años ha ejercido un influjo psicológico importante en perjuicio del dólar. Este déficit ha podido producir alegría en los que se resienten por la hegemonía americana, sin caer en la cuenta de que la muerte de Sansón puede significar la muerte de todos los filisteos. No se puede atacar impunemente al sistema monetario existente. Un sistema monetario, por malo que sea, es mejor que volver al sistema del trueque. Más arriba dijimos que todo sistema monetario es un sistema complicado y delicado. No es la política monetaria el campo adecuado para correr aventuras. La audacia y el espíritu de renovación—tan necesarios para conseguir un mundo más justo—son más propios de la organización global de la economía, de la estructuración de la producción y de la distribución. La ordenación del sistema monetario debe responder más a la actitud propia de un cirujano ante el enfermo que está sobre la mesa de operaciones. Aun en los países socialistas se usan técnicas monetarias muy conservadoras.

La pasividad de los EE. UU. ante los problemas del dólar puede tener una explicación en que se da la paradoja de que son los que menos dependen del dólar. Una quiebra del sistema monetario perjudicaría mucho más a los países europeos que a los propios americanos. Al fin y al cabo, son los que tienen un mayor grado de autosuficiencia o, por lo menos, lo tenían hasta ahora.

Hacia una reforma del sistema monetario

El sistema monetario de Bretton Woods es ya un cadáver. La no convertibilidad del dólar en oro y la flotación de las principales monedas nacionales han destruido los supuestos fundamentales del sistema. La alternativa tantas veces propugnada por Francia de vuelta al sistema de patrón oro no parece satisfactoria. Es un sistema demasiado rígido, que erige la estabilidad en valor absoluto y carece de la flexibilidad necesaria para promover los intercambios comerciales, el pleno empleo y el crecimiento del nivel de vida. Si los países occidentales han alcanzado ya un nivel de vida satisfactorio, no ocurre lo mismo con los países subdesarrollados. Los EE. UU. deben asumir la responsabilidad del mantenimiento del dólar, mientras no se reforme el sistema vigente. El nuevo sistema debe estar bajo un control auténticamente internacional, orientado a satisfacer las necesidades de todos los países. Debe buscar un equilibrio entre la solidez y la confianza necesarias en el signo monetario que se adopte y la flexibilidad necesaria para financiar el desarrollo de los países menos favorecidos. Debe establecer unos controles del mercado internacional del dinero que impidan las especulaciones salvajes. Sobre todo parece importante que las negociaciones no se conviertan en una palestra en la que se enfrenten dos tendencias hegemónicas: la americana y la europea. El sistema monetario internacional afecta a todas las naciones y debe prevalecer el espíritu de servicio público. La justicia, la solidaridad y la libertad real de todos los hombres y todos los pueblos deben prevalecer sobre los intereses nacionales, el prestigio y la ambición de poder.

¿Qué esperanza tenemos de que esto ocurra? La Historia reciente puede inducirnos a un cierto escepticismo. Sin embargo, algo se puede hacer. Las sucesivas conferencias de la U.N.C.T.A.D. han contribuido a crear una mentalidad en este sentido que no existía la víspera de los acuerdos de Bretton Woods. Lo más probable es que el resultado no realice plenamente nuestros anhelos de convertir el sistema monetario en un instrumento apto para ulteriores transformaciones de la economía mundial que estén más de acuerdo con la justicia, la solidaridad y la libertad, pero será mejor que el actualmente existente. De todas formas, la incidencia del sistema monetario en los valores apuntados siempre será limitada. Se requieren transformaciones estructurales más sustanciosas, pero esto ya desborda el campo restringido de la política monetaria.